





una navidad de estas

relatos de adviento

ángel de quinta

Platero
COOLBOOKS



Título: Una Navidad de estas

Primera edición: octubre, 2024

© 2024, del texto Ángel de Quinta.

© 2024, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Margot Coca Yévenes.

Fotografía de solapa: Abraham Álvarez Calero (Abekoco).

Ilustraciones: Antonio Rodríguez Ledesma.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-61-0

*Para Juan, con permiso de Dickens:
«estás presente en cada una de las líneas que he escrito»*



ÍNDICE

Prólogo.....	9
Jonás entre las sombras.....	13
Re-Read.....	21
Un cuento antinavideño	29
El hombre del saco	37
Ana a contrarreloj.....	49
Cuento de Navidad (con final alternativo).....	55
BlaBla	61
A puerta fría.....	69
Sonaba algo de Gershwin	81
Dormir en paz celestial.....	97
Un cuento apócrifo.....	103
Chipa y Clericó	113
Año Nuevo en Viena.....	119
Objetos perdidos	139
Tercero A	151
CODA El niño perdido.....	165
Agradecimientos.....	173



PRÓLOGO

Leo este libro en pleno verano, con arena entre los dedos de los pies y sal en el pelo. Conocía dos o tres de estos dieciséis cuentos, porque igual que algunas personas felicitan la Navidad con una tarjeta con un árbol dibujado o un wasap con más o menos gracia, Ángel de Quinta lo hace enviando un cuento. Qué afortunados somos quienes los hemos recibido. Leo este libro varias veces en pleno verano, y cuando lo termino no huelo a bronceador de coco ni a mar, sino a galletas de jengibre y a poleás. Ese es el poder de las buenas historias, que huelen a lo que cuentan. Y esta colección de relatos está llena de ellas.

De Quinta, además de profesor y escritor, es un cuentista, y benditos sean los cuentistas. El autor dice en su coda final que este es un «batiburrillo narrativo», y bendito sea el desorden, porque así es la vida: un batiburrillo, un lío, una obra de teatro sin ensayo general en la que todos hablamos atropellándonos.

Algunos relatos fueron escritos hace siete años y otros hace dos meses. Todos son inéditos y son, también en sus palabras, «cada uno de su padre y de su madre». Y eso, como lectores, es disfrutable. En ellos nos lleva de la mano de una época a otra: comienza y termina en el presente, en los días del iPhone 15 y, a lo largo de sus páginas, llegamos a la España en la que los niños querían ser carboneros, o a Estados Unidos, cuando se veía el show de Ed Sullivan, incluso al pasado legendario en «Un cuento apócrifo».

También nos hace viajar. Recorremos el País Vasco y su querido Nueva York, pasando por Madrid y Sevilla: el detalle de la ruta del autobús 32 nos revela su capacidad de observación y su cuidado al escribir. Y no nos deja relajarnos; después del romance en «BlaBlaCar», llega el tono de *thriller* tristón de «A puerta fría», con ese vendedor de libros a domicilio con traje de Emidio Tucci al que no queremos que le ocurra nada malo. Cuenta también una historia de primeros amores («Objetos Perdidos») y otra de últimos («Re-Read»).

De Quinta es bueno en dibujar personajes con tres trazos y en retratar arquetipos sin simplificarlos: el de la mujer entregada al *mindfulness* es un buen ejemplo. Alterna voces y registro sin despeinarse, es más, parece que le divierte ser un quinqui madrileño o una señora de noventa años. Igual que aborda historias ambiciosas como «Sonaba algo de Gershwin» o «Tercero A», en sus páginas se bebe Parfait Amour y verdejo, se come labneh, blinis, *marshmallows* y todo tipo de aperitivos, y en ellas aparecen Tiger y Macy's. Ese caos estimulante es el mismo que hay en una cena familiar navideña: en ella hablan los mayores y los pequeños, unos ríen y alguno llora, alguien pone un villancico de Bing Crosby y otro quiere escuchar a Becky G. Salta de la comedia al drama con la soltura de quien conoce ambos y de quien sabe que la vida va de eso. Y la Navidad, que es una metáfora de ella, también.

¿He dicho ya que este libro tiene a la Navidad de fondo? Que no salgan huyendo los que reniegan de ella, porque le da sabor sin empalagarlo, lo aromatiza sin invadirlo. Esta fiesta es un marco magnífico para mostrar la naturaleza humana. Las ausencias son más en estas fechas, y las presencias, también. Habla de los que se van y de los que se quedan, y eso ocurre aquí y no sabemos si en Tombuctú.

En esta obra hay muchas Navidades, porque hay tantas como personas y lugares. Por sus páginas pasan el Olentzero y Santa Claus, la chipa, el clericó y los entremeses españoles, la lotería que toca y la que no, y todo eso es una buena excusa

para hablarnos de gentes a las que les ocurren cosas, porque eso es lo que los lectores deseamos leer desde que sabemos hacerlo.

En estos dieciséis cuentos (o quince más un epílogo) hay melancolía, pero «de la buena, de la que inspira a los músicos y a los poetas», como leo mientras miro cómo el ventilador da vueltas. Y también hay humor, porque este escritor es muy gracioso, es decir, está tocado por la gracia y no puede evitarlo. O si no, cómo definimos «Año Nuevo en Viena». Solo puedes sonreír leyendo esto que aparece en el último relato: «como si consiguieras hacer, por poner un ejemplo, que el Titanic esquivara sin problema el dichoso iceberg, que a la mamá de Hitler no le hubiera fallado el diafragma o que los pilotos que volaron hacia aquellas torres se hubieran levantado con una diarrea de esas que no te puedes mover del aseo». O estas líneas de «Bla-BlaCar»: «Y alguna vez la llamaron, pero para papelitos en los que sólo hacía de bulto, un bulto decorativo, poco más. Micro-teatro, mucho microteatro. Qué ganas de estar en una obra larga con sus tres actos y su intermedio. Qué ganas de poner el pie en un teatro como Dios manda, con su buen telón y sus butacas numeradas, de hacer “macroteatro” por una vez en su vida».

En este libro también hay cine, porque Ángel de Quinta, además de ser cuentista, es pelicularo, y benditos los que lo son. El primer cuento es puro Woody Allen: el Charli y el Jonah bien podrían ser los ladrones de la primera secuencia de *Días de radio*. La chica que sale del teatro en Viena con un solo zapato es puro cine, hasta Hitchcock hace un cameo.

También hay música, mucha, porque no podría ser de otra manera. Sugerencia para el autor: crear una *playlist* con las canciones que aparecen en los cuentos, y que no falten las de Gershwin ni las de Irving Berlin. Yo, para empezar, voy a volver a leer este libro delicioso escuchando *One O'Clock Jump* interpretada por Count Basie.

Anabel Vázquez
Escritora y Periodista



JONÁS ENTRE LAS SOMBRAS

El año pasado se registraron más de treinta robos durante las vísperas de Navidad y de Reyes Magos, la mayoría de ellos con éxito. Parece que los asaltantes aprovechan noches en las que las casas están especialmente tranquilas, sus ocupantes profundamente dormidos tras copiosas cenas y, lo más importante, los regalos, muchos de ellos de gran valor —joyas, relojes, alta tecnología, dinero en metálico— colocados en torno al árbol esperando ser abiertos a la mañana siguiente. El blanco lo componen chalets de lujo del extrarradio de las grandes capitales y, a pesar de estar dotados de cámaras y alarmas de última generación, los saqueadores, auténticos profesionales, parecen controlar a la perfección las técnicas de desactivación de los más sofisticados sistemas de seguridad.

—¡Date prisa, joder! Como no salgamos ya, no llegamos, y la clave del éxito es la precisión —el Charli hablaba como si estuviera planeando el asalto al Bundesbank—. No puede fallar ni un segundo de lo calculado, tío, que no pase como en Daganzo, que no nos entrullaron de puto milagro.

—Revisada la carga, *brother*, utillaje a punto, el equipo completo en perfecto estado de revista. —Los años que el Jonah pasó en el ejército, hasta que lo echaron por inútil, cambiaron su modo de hablar; los tecnicismos que empleaba y cómo los colocaba en el lugar correcto parecían redimirlo de su sensación de perpetuo fracaso.

—Láminas, garfios, cuerdas, tacos, boquetes, no te olvides del masunn, que la otra vez nos salvó la entrada.

—¡Que sí!, y el juego de ganzúas, y la calavera, que, por cierto, la he lavado y ha encogido la cabrona con lo que me costó, buena buena del Decathlon, y una mierda pa el Decathlon.

La casa estaba en una calle poco concurrida de El Plan-tío, donde entre un chalet y otro había lo menos veinte o treinta metros de separación. La noche oscura, sin luna, un silencio que presagiaba calma y riesgo al mismo tiempo. Todo estaba calculado, como las otras veces esperaba que saliera según lo previsto y, a su manera, rezaba, se santiguaba con disimulo antes de ponerse a la faena. Se juraba a sí mismo que esta sería la última, igual que se lo juró el mes pasado, pero cada vez estaba más cansado de andar por la cuerda floja. Su colega ya había cruzado la verja primera y comprobado que no había alarma ni perro en el jardín. Ya tenían vigilada la propiedad desde unos días antes y sabían que se trataba de una presa óptima.

—Pásame el arnés, subo a la segunda terraza escalando por la pérgola —le decía al compañero encaramado a una especie de jardinera vertical que amenazaba con no resistir su peso. Ya desde arriba pudo divisar el objetivo de acceso, una claraboya que parecía no estar herméticamente cerrada. El Charli se quedaría en la Vanette vigilando cualquier movimiento y teniéndolo informado de toda contingencia mediante los auriculares por los que se comunicaban.

—¡Apártate de esa luz, joder, que se te ve desde la esquina! Y entra cuanto antes, tenemos los minutos contados.

—El muy cabrón dando órdenes todo el rato y yo el principao que se mete en la boca del lobo —se decía mientras notaba cómo el corazón parecía querer salirse del pecho. Lo había hecho al menos diez veces, pero no se acostumbraba al vértigo de la invasión, del silencio nocturno, de la incertidumbre de no saber si saldría de allí sano y salvo. Llevaba

toda su vida, hiciera lo que hiciera, con la misma sensación, cualquier movimiento en falso podría hacerlo precipitarse hasta el vacío.

Gracias a su enjuto cuerpo pudo deslizarse por el hueco sin demasiada dificultad, dando con los brazos sobre lo que parecía la mampara de una ducha y accionando, sin querer, la columna de hidromasaje que de inmediato comenzó a soltar cientos de chorros a presión. Medio empapado consiguió desactivarla y salir del baño, con cuidado de no resbalar sobre la solería de mármol pulido y la única iluminación de una linterna frontal que tenía colocada sobre la calavera, el pasamontañas que le cubría la sudorosa frente.

—¡Contesta, Jonah! ¿Todo en orden? ¿Divisas el botín? —insistía el compinche desde el exterior, sin entender por qué no decía nada. Pero, aparte de no querer hacer ningún ruido, el intruso estaba mudo de puro temor, especialmente al oír unos ronquidos que parecían estar sonándole junto a la oreja.

«¡Joder, parece un San Bernardo con sinusitis el cabrón!», pensó mientras enfilaba las escaleras pasando junto a las puertas cerradas de lo que serían los dormitorios. Bajó hasta el salón donde la tenue luz de un árbol de Navidad iluminaba parte de la amplia estancia. Una chimenea apagada con varios calcetines colgando, una mesa de comedor sin recoger, botellas de cava y brandy medio vacías y envoltorios de bombones y mantecados dispersos sobre el elegante mantel. Parecía como si la familia se acabara de levantar de aquella mesa en torno a la que aún resonaban risas y villancicos, tal vez alguna discusión, algún chiste, algún brindis por la salud y por llegar a la Nochebuena siguiente todos juntos.

Mientras escudriñaba la habitación en busca del tesoro, no dejaba de imaginar cómo serían las Navidades en una casa como aquella, con una familia como la que él nunca tuvo, con comida y bebida de sobra, con jamón del bueno



que no viniera en sobres de plástico y vinos ricos con nombres y apellidos. Un padre, una madre, unos abuelos, unos hermanos reunidos sin atacarse, sin robarse las ganas de vivir, sin machacarse unos a otros, sin despreciarse.

Aunque no se podía entretener ni un segundo, ya frente al abeto artificial rodeado de paquetes que tenía que apresurarse a seleccionar —no quería cargar con bufandas ni babuchas de franela— se dio cuenta de que estaba decorado, además de con guirnaldas y bolas brillantes, con fotos familiares. Bebés, adolescentes, algunas en blanco y negro, la boda de los abuelos tal vez, otras en color, una joven en su graduación, un muchacho de soldado, un grupo riendo al borde de una piscina, una pareja esquiando... Olvidándose por un instante del peligro que lo apremiaba, se quedó embobado, observando, envidiando dolorosamente ese árbol que arman las familias comunes a base de recuerdos y anécdotas sin importancia, momentos que solo tienen gracia para ellos mismos, estampas de una sencilla alegría compuesta de retazos de felicidad pasajera, bromas privadas y motes cariñosos —o vergonzantes— que quedan prendidos a las ramas lo mismo que el pequeño trineo de cartón o la estrella de purpurina plateada.

—¡Qué pesao el Charli de los cojones! ¡Haber subido tú para variar! —Cuando su colega lo volvió a increpar decidió desconectar el audífono para así trabajar con más tranquilidad, disponiéndose a descubrir los paquetes más prometedores que tenía ante sus manos.

Par de gemelos de plata, «joder, parece platino», al macuto. Unos auriculares Bang & Olufsen, un frasco de perfume, Christian Dior, un pañuelo de Hermés con carruajes de colores, un iPhone 15 Pro, ¡pelotazo! Empezaba a llenar la valija con excitación desechando los juguetes que tenía alrededor, estos sin envoltorio. Avión Vector acrobático Sky Viper, Casa Family House Playset, Muñeca Rainbow High, Campo de Fútbol Playmobil Sports & Action...

Los niños. En medio de la penumbra pensó en los niños y en lo que les habría costado quedarse dormidos una noche como aquella. Pensó en él mismo y en la víspera de Reyes, tendría seis años, cuando, sin poder cerrar los ojos, oyó a sus padres pelear medio borrachos, bebiéndose la botella de coñac que habían dejado junto a tres copas por si sus majestades gustaban, insultando, agrediendo con palabras y puños a la vez, agrediendo a él cuando lo sorprendieron tras la puerta de la sala, atónito, descubriendo al mismo tiempo la verdad sobre los Reyes Magos y también sobre la vida, la que tenía por delante.

Aguzando por un momento el oído creyó percibir el sonido de una puerta abriéndose y unos pasos bajando la escalera. Podía oír mejor los latidos de su corazón que otra cosa, cuando, entre sombras y refugiado detrás del árbol, vislumbró la silueta de un chaval en pijama caminando descalzo en su dirección. Todas las posibilidades se agolparon en su cabeza, salir huyendo cuanto antes, taponar la boca para que no gritara, tomar al niño como rehén y que lo dejaran escapar, esconderse tras las cortinas y esperar a que se volviera a su cuarto.

Pero el pequeño se le acercó sin miedo, con cara de sorpresa y de asombro, sin estar seguro de si estaría soñando, maravillado frente al intruso con la cara cubierta que acababa de dejar todos aquellos regalos en torno a su árbol de Navidad. Paralizado, el Jonah se le quedó mirando fijamente siendo consciente de que había llegado su fin, que no podría fugarse de allí cuando el puto niño comenzara a gritar. Estaba atrapado dentro de aquella casa que lo estaba asaltando a él, engulléndolo como la ballena a aquel Jonás de la biblia que le explicaron en el colegio, igual que su tocayo preso en la barriga del animal hasta que lograra arrepentirse en serio de todos los errores cometidos, como si tuviera tiempo, como si hubiera tiempo para tanto.

El chico se le iba acercando con los ojos abiertos de par en par, y cuando creyó que empezaría a pedir auxilio, vio cómo se llevaba el dedo índice a los labios pidiéndole silencio, en un gesto de secreta complicidad con el mago de sus sueños. «¡Shhh! Que nadie sepa que me he levantado en medio de la noche y he descubierto a Papá Noel mientras hacía su trabajo», parecía pensar, más nervioso incluso que el aterrado delincuente.

Sin saber qué hacer se dispuso a sacar los regalos de la bolsa donde los acababa de guardar ante la mirada ilusionada del niño, que incluso le ayudó a colocarlos en torno al abeto, acercándole una copita de anís que reposaba en una bandeja al lado de la chimenea donde colgaban los calcetines y las piruletas. Se la echó a la boca de un trago sin caer en que llevaba puesto el pasamontañas, pringándolo todo con el dulce licor, así que sin pensarlo dos veces se lo quitó. Los ojos del crío se iluminaron al verlo a cara descubierta, y, notando cómo el frío desaparecía de su interior conforme el alcohol le bajaba por la garganta, acarició el flequillo de su joven cómplice, sonriéndole con afecto en contra de lo que sería lógico en semejante situación.

Pero tenía que irse cuanto antes, y no sabía cómo. Agarrándolo de una mano, el niño lo llevó hasta la entrada y se subió a una silla marcando una serie de números, un código tal vez, facilitándole la salida a quien llenó su salón de regalos, sabiendo que le resultaría más cómodo que volver a escalar la chimenea. Atónito, el Jonah notó cómo, antes de poderse escapar, le tiraba de la chaqueta atrayéndolo para sí, en un gesto que parecía pedir un abrazo que de ninguna manera pudo negarle. Y así se quedaron un instante, en la penumbra de aquel elegante salón donde aún se oían las risas tras descorchar el champagne y los deseos de felices pascuas.

Un niño abrazado a la ilusión, un hombre asido con fuerza a la esperanza, a la segunda oportunidad que le prestaba

la vida (¿acaso no la tuvo Jonás cuando lo escupió aquel cetáceo gigante?). Así fue como salió huyendo de aquella casa y de sí mismo, y de la mala sombra que lo perseguía como una maldición, con el macuto vacío, sí, pero con el corazón lleno.

RE-READ

Como olvidó echar la cortina, el reflejo entró violentamente por la ventana del salón creando formas caprichosas entre los muebles y la pared. Hacía tiempo que se dormía a las horas más intempestivas del día, mientras leía en su sillón orejero o miraba un programa concurso en la tele sin hacerle mucho caso, acertando en voz alta las preguntas que fallaban los torpes participantes. Así cayó rendido hasta que lo desveló aquel fulgor imprevisto. El ruido de la calle también, parecían aplausos, aún no había encendido la lámpara de la sala y se quedó en la penumbra tratando de entender qué pasaba, dónde estaba.

Acababan de inaugurar el alumbrado navideño, no podía creerlo, todavía era noviembre y ya estaba la calle llena de gente gritando, cantando, padres con niños haciéndose fotos bajo las luces con formas de trineos y pinos cargados de bolas de colores. Cerró el balcón y bajó la persiana, no porque no soportara la Navidad, siempre le había gustado, pero no un mes antes, no, por favor, eso significaba demasiado margen para añorar aquellas tan lejanas, considerando que llevaba más de setenta sobre sus hombros.

Los ciclos cada vez se le hacían más cortos, el invierno se tornaba en primavera y luego en verano y en otoño antes de que pudiera darse cuenta. Guardar las bermudas, sacar la bata de lana y el brasero, la ceniza en la frente, los calores de mayo, fregar la lápida del cementerio y otra vez a empezar. Incluso con la más pertinaz de las rutinas, haciendo una

jornada lo mismo que la anterior e igual que la siguiente, los días pasaban raudos sin que lograra inventar nada para ralentizarlos. Tampoco quería.

Como tenía ganas de hincarle el diente a otra novela antes de haber terminado la que tenía entre manos, salió por la mañana en dirección a su librería de viejo favorita, una de las pocas que quedaban en la ciudad. Más que comprar libros a buen precio, lo que le llevaba allí eran las ganas de perderse por los intrincados pasillos que formaban aquellas estanterías abarrotadas de volúmenes, el olor a madera de roble, alfombra polvorienta, papel vetusto. También hacía tiempo que no echaba un rato de charla con los parroquianos que allí solían congregarse —literatura, cine, política o fútbol—, pero al torcer la esquina pudo ver que la persiana de metal estaba echada y eran casi las once.

—Debe hacer más de un mes que cerraron, ¿no se había enterado? Creo que un almacén para equipajes, una consigna como esas de las estaciones para guardar maletas, o algo así.

Caminando de vuelta a casa, con la bolsa de la fruta en una mano y la del pescado en la otra, tropezando con horδας de turistas mirando el teléfono como si fuera el mapa del tesoro, entendió que aquella ciudad ya no era para él, que al fin y al cabo no estaría tan mal largarse de allí para siempre. El ruido que hacían las ruedecillas de las maletas, las que a partir de ahora iban a guardarse en su viejo santuario de pastas añejas, le molestó hoy más que nunca. Ya no podría volver al refugio donde de vez en cuando se zambullía en una marea de páginas gastadas, tanto como su propia vida.

Como ya iba siendo hora de salir a buscar regalos para sus nietos, decidió ir al centro, a pesar de que estaba cayendo una lluvia fría que parecía a punto de convertirse en aguanieve. Se abrigó bien y cogió el paraguas y las llaves que reposaban junto a la cómoda en la que acababa de montar

el viejo nacimiento, justo después del día de la Inmaculada, como debía ser. De la tranquilidad de su apartamento a la jungla de las tiendas en busca de algo que pudiera contentar a un par de chavales de catorce y diecisiete años, y que no contuviera pantallas digitales, por favor. ¿Algo de ropa? Nunca acertaba con la talla, ni con la moda, y tampoco le gustaba dar el dinero a su hija para que se encargara ella ni quería presentarse en su casa con las manos vacías en Nochebuena. Aunque se seguía resistiendo a dar los regalos otro día que no fuera el de Reyes, la agenda familiar obligaba a hacerlo «a la americana».

—Así es mejor, papá, y los niños tienen mucho más tiempo para disfrutar de los regalos antes de que empiece el cole.

Revisando la lista de sugerencias enviada por su hija al WhatsApp —aún se sorprendía de lo bien que manejaba la aplicación—, nada le convencía en realidad, así que hizo lo mismo del año anterior, lo que le dio la gana. Fue a comprar libros siendo consciente de que no leían mucho, o nada. Se reía, por no llorar, recordando cuando le habló al menor sobre Ricardo III y este le dijo que ni idea, que tampoco había visto las dos temporadas anteriores. ¿A quién se le ocurre hablar sobre Shakespeare a un adolescente?

Tal vez algún *best seller* de estos que mezclan literatura con videojuegos, algo que se pareciera a *Juego de Tronos* estaría bien, le decía a la dependienta de El Corte Inglés, que le miraba con cara de impaciencia dada la cola que empezaba a crecer detrás de aquel viejo latoso.

—Señorita, ¿cómo es posible que no conozca usted a Robert Louis Stevenson trabajando en la sección de libros? Ya le he dicho que *La isla del tesoro* no tiene nada que ver con los *Piratas del Caribe*. No tuvo paciencia suficiente para esperar a la empleada tecleando en la base de datos, tenía que escapar de allí, tenía que escapar de un mundo para el que hacía falta el aguante que ya le iba faltando. Y salió a la calle bajo la lluvia, y cruzó semáforos entre los empujones de la

gente sorteando patinetes eléctricos hostigándole cual torpedos en una batalla.

Como la mañana se volvía más cruda por momentos, decidió tomar el bus para regresar a casa, que no quería pillar una pulmonía en medio de aquella turba del demonio. De repente, vio un rótulo justo enfrente de la parada, «Re-Read. Librería *low cost*».

No pudo evitar cambiar de estantería algún volumen mal colocado, cuidando que nadie se diera cuenta. ¿A quién se le ocurriría meter *Crimen y castigo* en la sección de novela policíaca? ¿Y *Lolita*? ¿Qué puede hacer *Lolita* de Nabokov en el apartado de biografías? Se había pasado media vida de bibliotecario en un instituto y eso, además de enviciarle mucho en la lectura, le había convertido en un ser metódico hasta el extremo, no lo podía evitar. Pero recolocó aquellos volúmenes sin que el dependiente se enterara, su oficio también le había hecho más silencioso, más discreto, pero le entraban unas ganas de echarse a la cara al responsable de la catalogación...

Tres euros por libro, no importaba que fueran las memorias de Terelu Campos o el *Ulises* de Joyce, el mundo se va al garete, no le quedaba duda. Pero aún estaba contento de haber encontrado aquella tienda, de que alguien hubiera convertido en negocio el dar una nueva vida a los libros usados. Cerca de una hora anduvo por aquellos pasillos, mirando los lomos de los volúmenes y sacándolos de tanto en tanto, echándoles un vistazo, oliéndolos —otro hábito que le quedó de sus años de profesión— deseando no haber leído muchos de ellos para poder sentir el gozo de hacerlo por primera vez. *Germinal*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, *Los hermanos Karamazov*... *Grandes esperanzas*, ¡vaya!, una edición que conocía, la de Reguera del 46, no podía creerlo. Una auténtica joya entre aquel batiburrillo de ejemplares de bolsillo de pastas endebles, ¿cómo se les había colado aquello? Dejó de rebuscar, cogió el libro y se fue directamente